



Revista Chilena de Neuropsiquiatría

ISSN: 0034-7388

directorio@sonepsyn.cl

Sociedad de Neurología, Psiquiatría y

Neurocirugía de Chile

Chile

Soto Rengifo, Carlos; Roa, Armando

EL DINAMISMO PSIQUICO Y LA ESTRUCTURACION DE LOS SINDROMES PSIQUIATRICOS

Revista Chilena de Neuropsiquiatría, vol. 49, núm. 2, junio, 2011, pp. 113-146

Sociedad de Neurología, Psiquiatría y Neurocirugía de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=331527725002>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

**SEGUNDO ARTÍCULO DEL PRIMER NÚMERO
DE LA REVISTA CHILENA DE NEUROPSIQUIATRÍA**

**EL DINAMISMO PSIQUICO Y LA ESTRUCTURACION
DE LOS SINDROMES PSIQUIATRICOS**

Dr. Carlos Soto Rengifo
Dr. Armando Roa

RELATO OFICIAL

Consideraciones genéticas

Dada la orientación dinámica de la evolución psiquiátrica, es indispensable una consideración genética de la Psicología, para comprender científicamente la unidad del individuo y sus regresiones a formas psíquicas más o menos primitivas, según sean los trastornos mentales que sufra. Se pueden hacer tantos cortes transversales en un desarrollo psíquico como se quiera y describir en forma característica lo que en ellos se perciba, pero siempre será necesario relacionar cada uno con su anterior o el siguiente, pues considerados aisladamente, sin relación, ni referencia, resultan simples elementos sin sentido, meras agregaciones dispuestas en seriación temporal que nada significan en tanto no se consideren como etapas de un desarrollo y se iluminen bajo la luz de la consideración genética.

Establecidas las estructuras de las etapas evolutivas del psiquis, nos será comprensible la figura de los síndromes mentales y ordenarlos según la mayor o menor profundidad de la disolución psíquica que ofrezcan.

El problema evolutivo tiene dos aspectos que podríamos denominar estático y dinámico. Si se quiere descomponer una serie evolutiva, se obtienen cortes transversales, es decir, fases. Un aspecto del problema evolutivo consiste en descubrir la

[49]

NEUROLOGÍA 4

especial estructura y evolución de tales fases. El otro aspecto no es menos importante y consiste en determinar la dirección evolutiva, el sentido y la tendencia responsable de tales fases en la constitución de una relación genética supraordenada. *Así pues, la determinación de la estructura de los períodos mentales aislados, es un problema genético y el otro es la determinación de la forma evolutiva y de la dirección que sirve de eje de referencia y orientación de tales fases.*

Antes, el concepto del desarrollo estaba orientado hacia el modo de consideración científico natural (físico), hoy lo está hacia el orgánico. Esto quiere decir que hoy conceputuamos tan orgánica una fase cualquiera del desarrollo como la dirección del mismo.

Antes se consideraba una fase del desarrollo infantil de un modo no orgánico sino físico, como un simple agregado de propiedades elementales. Así, por ejemplo, se decía que la memoria era predominantemente mecánica, que la voluntad de tal período se hallaba típicamente dominada por emociones pasajeras, o que en el pensamiento no se había llegado todavía a la aparición de los procesos lógicos deductivos. Todos estos signos eran considerados sin el propósito de describir la fase a que pertenecían como un todo organizado. *En cambio la nueva Psicología evolutiva trata, por el contrario, de evidenciar el plan constructivo espiritual gracias al cual podrán comprenderse unitariamente todas las modalidades de conducta del infante o del salvaje en un determinado período de su desarrollo: las manifestaciones de su memoria lo mismo que la especial modalidad de sus sentimientos y voluntad, de su pensamiento y de su acción. La fase evolutiva es pues hoy en día considerada, inexcusablemente, desde el punto de vista de su unidad de organización.*

También antes se consideraba la dirección de cualquier evolución, no en el sentido unitario y organizado, sino bajo la imagen de un movimiento físico o también de una acumulación de signos y propiedades confluentes. Así, por ejemplo, la transformación del niño en hombre, según las opiniones antiguas, se explicaba creyendo que existía un despliegamiento cuantitativo de gémenes determinados: el niño sería un pequeño adulto y por ello no pensaba tan lógicamente ni actuaba de un modo tan preciso. Pero la medida de tales pensamientos y conducta era siempre referida a los del hombre adulto, al cual se acercaba cuantitativamente el niño a medida que crecía. También según las antiguas concepciones bastaría extraer del panorama psicológico de un adulto normal ciertas facultades, para llegar en seguida a obtener los cuadros psíquicos de las mentalidades más primarias, de los niños, de individuos

patológicos, etc. Por consiguiente, la antigua concepción evolutiva se hallaba dominada por este criterio inorgánico o mecánico, de adición o substracción de propiedades, mientras que la moderna concepción se dirige cada vez a aceptar la esencia creadora de la evolución y, por lo tanto, a creer que cada fase superior constituye en sí misma algo característicamente nuevo y distinto de las primarias. Estas no pueden ser definitivas por la substracción de algunas características de las fases superiores, sino que, por muy primitivas que ellas sean, constituyen una totalidad relativamente delimitada, con autonomía vital, y en determinados casos con la misma riqueza orgánica que las otras. Y por lo mismo, inversamente, los estadios evolutivos más elevados no pueden ser reducidos de sus predecesores por una simple adición. Las fases evolutivas, como la dirección del desarrollo, no deben, pues, ser concebidas en un sentido físico, sino biológico.

La esencia del desarrollo de las formas biológicas se encuentra caracterizada por el hecho de la diferenciación de las partes orgánicas y de su subordinación a la totalidad del organismo.

El desarrollo de las configuraciones biológicas tiene lugar mediante una progresiva diferenciación de partes. Tal proceso conduciría, sin embargo, a la presentación de formas cada vez más raras y especiales si a ella no se opusiera un proceso de unificación mediante la subordinación de las partes. Al aumentar la diferenciación y complicación, las formas naturales, gracias a la centralización, se compensan y armonizan en vez de hacerse raras y extravagantes. Tal centralización significa para todo conjunto orgánico la organización de las partes diferenciadas, su ordenación y agrupación coherentes, en forma que constituyan la totalidad perfectamente limitada e individualizada del ser vivo.

*

Hemos visto que la esencia de todo el desarrollo orgánico consistía en una diferenciación y centralización progresivas. Se trata ahora de ponerla de manifiesto mediante algunos conceptos fundamentales de tal suerte que sea posible determinar y concebir la particularidad de lo psíquico y su génesis de un modo más preciso en la psicología evolutiva de lo que sería si sólo nos guiásemos por la ley general del desarrollo, a que hasta ahora nos hemos referido.

Precisa para ello establecer previamente una diferencia psicológica de orden general: supongamos que nos es dado un objeto determinado, por ejemplo, un automóvil que se aproxi-

ma hacia nosotros. Vemos que se trata de un automóvil; cuando percibimos el objeto de un modo impreciso, quizás sólo como una nube de polvo, sabemos, no obstante, que es un automóvil o, por mejor decir, lo «interpretamos» como un automóvil. *La percepción tiene, pues, aquí el «sentido» o la «significación» de automóvil, pero tal sentido y significación puede hallarse muy diversamente configurados; desde la nube de polvo que «interpretamos» como automóvil hasta el completo desarrollo perceptivo del vehículo, experimentamos todas las posibles variaciones de tales configuraciones perceptivas.* Aun manteniéndose fijos el «sentido» o la significación, se expresan muy diversamente en la configuración fenoménica y consiguientemente, el sentido puede manifestarse de un modo fragmentario e impreciso, o bien, de un modo complejo, perfecto, incisivo y apremiante. El objeto de conocimiento se encuentra, pues, determinado doblemente: tiene «un sentido», una «significación», que se realiza en la contemplación intuitiva.

Designamos a tales significados como funciones precisamente, porque son las que vitalizan el material de la contemplación y permiten integrarlo en un todo significativo, en una esencia intuible.

Podemos ahora retrogradar a los procesos psíquicos generales, de los objetos más complejos, partiendo de los más sencillos. El automóvil es encarnado o azul: *también lo encarnado o azul se me vitalizan solamente en la medida en que sirven para integrar el sentido o la significación del material de contemplación, proporcionándole el significado del ser «del ser rojo» o «del ser azul».* Yo funciono de un modo diferente cuando veo lo rojo o lo azul. *De otra parte este significado cromático puede presentarse en la contemplación de un modo imperioso, preciso, o bien oscuro y difuso.*

Aun es posible llegar a procesos de mayor generalización: a oponer el «ver» y el «oír». El ver, como tal, es una función general del conocimiento. La particular dirección del conocimiento hacia algo visto se me ofrece, significativamente, como sentido; este sentido o significado de «ver» puede ser más o menos realizado y llenado por lo que veo. El automóvil puede llegar a mi conciencia como algo visto o como algo oído, y consiguientemente, la función visual (dirección significativa hacia lo visible), ser más o menos cumplida.

Finalmente, podemos llegar a las funciones más generales de significación del conocimiento, como son las que caracterizan los conceptos de «percibir», «sentido» y «pensar». Aquí nos encontramos frente a los significados generales, es decir, frente a la atribución de sentido más abstracto que se fija en el material de

la contemplación, de la afección, etc., y se realiza de un modo más o menos perfecto. De todas suertes, para una ulterior consideración resulta importante saber que en los datos psíquicos debemos diferenciar, de una parte, las significaciones, las funciones y los atributos de sentido, y de la otra, los fenómenos, es decir, las formas de las apariencias. Averiguar el modo y manera cómo es dada una significación o una función e investigar la forma que tiene el fenómeno que le sirve de soporte, son dos problemas distintos de la Psicología.

Una vez establecida esta diferencia, nos resultará fácil determinar la esencia de algunos pares conceptuales que sirven en cierto modo de reactivo para la fijación del nivel de la vida psíquica. Entre éstos citaremos en primer lugar los siguientes: «complejo - singularizado»; «difuso-membrado»; «confuso-claro»; «indeterminado-determinado». Es absolutamente necesario definir tan precisamente estos términos que nos pueden servir para la caracterización de algunos hechos psíquicos especiales.

Denominaremos «compleja» a toda función o conexión significativa que constituya una unidad en la cual, de otra parte, existan en forma indiferenciada datos de sentido y actos que se hallan separados en otras partes. Cuando, por ejemplo, una imagen onírica se encuentra elaborada de tal modo que contiene en sí misma diversos significados —en oposición a las imágenes ordinarias— y una determinada persona que aparece en sueños significa a la vez el hermano y un tío, nos llamamos ante una formación que designamos como compleja por su significado. Inversamente, denominamos «singularizados» los contenidos, actos y atributos de sentido unívoco, incomplejos o relativamente específicos. Un acto que es a la vez oler y gustar resulta complejo, no singularizado. Por ello un acto visual resulta más diferenciado que él.

Un par conceptual que con frecuencia es confundido con el anterior es el difuso-membrado. Si la expresión «complejo-singularizado» se refiere a las esferas sensoriales, al acto y a la significación, el par conceptual que ahora ocupa nuestra atención (difuso-membrado) hace referencia a la construcción formal del contenido psíquico. Bajo la expresión «membrado» debe comprenderse una coherencia formal de tal naturaleza, que es posible separar de ella las partes concretas (miembros) que la constituyen.

En el terreno de los actos y significaciones, el par conceptual «complejo-singularizado» es el más apropiado para la determinación del nivel de desarrollo; en cambio, para el contenido feno-ménico de la vida psíquica y su configuración formal, la oposi-

ción «difuso-membrado» resulta esencial para la fijación de su estrato genético.

Los pares conceptuales: complejo-singularizado, difuso-membrado, corresponden a una línea evolutiva que se caracteriza por una progresiva diferenciación.

Con la progresiva diferenciación se encuentra íntimamente ligada la progresiva *subordinación* de todo lo psíquico. También esta ley de la creciente subordinación puede evidenciarse en relación con el sentido o con la forma de los fenómenos. Así se habla de una constante centralización en el terreno de los datos sensoriales y de las funciones psíquicas y presuponemos con ello una construcción jerarquizante de nuestra psíquica: las esferas de la sensibilidad son subordinadas al dominio de las funciones superiores. Hablamos también de una progresiva centralización del contenido formal sustantivo de los datos del conocimiento, gracias a que las configuraciones fenoménicas son organizadas de tal forma que se constituyen partes dominantes frente a otras subordinadas.

Por consiguiente, si queremos describir las particulares estructuras de la conciencia primitiva, necesitamos poseer una red conceptual capaz de proporcionarnos el modo de comprender, no sólo las funciones y las formaciones significativas de esa conciencia, sino también la forma de los fenómenos. No debe dudarse, y es una prueba de la unidad interna del proceso del desarrollo, que los signos particulares de las formas fenoménicas evolucionan paralelamente a las particularidades de las funciones y las significaciones. Así, la oposición «difuso-membrado» de la forma fenomenal corresponde a la oposición «complejo-simple» en la esfera significativa. Y la oposición «oscuro-claro» (relevante) de la forma fenoménica se relaciona también con la de «indeterminado-determinado» en el terreno significativo. Del propio modo actúa la ley de la progresiva subordinación de las partes en el terreno de las significaciones y funciones psíquicas que en el de las formas fenoménicas. La creciente centralización de las funciones se corresponde con un continuo aumento de la subordinación de las partes a la configuración total.

*

¿Cuáles son, pues las bases que hacen fructífera la aplicación del estudio psicoevolutivo para la construcción de una teoría general de la actividad psíquica? Principalmente son de dos tipos: de una parte el que admite que los procesos psí-

quicos — bien sean perceptivos, intelectuales o conativos — son siempre procesos en marcha, es decir, afectos de una evolución; y de otra que la estructura psíquica del hombre adulto civilizado se caracteriza, no por la existencia uniforme, sino por la imbricación de varios estratos genéticos, y por ello incluso el individuo aislado nos muestra, cuando se le considera genéticamente, diversos valores en sus manifestaciones expresivas, que corresponden a fases determinadas de la evolución ocurrida.

La creencia de que la vida psíquica normal del hombre civilizado muestra una sola esfera mental, se halla relacionada íntimamente con un especial modo psicológico de considerar la estructura psíquica, que intenta reducir todos los sucesos psíquicos a elementos rígidos de los cuales derivarían la percepción y la acción, el sentimiento y el pensamiento. Una determinada concepción anatómica sirve en este tipo de Psicología de norma para la concepción de la estructura psíquica, a la cual se opone el criterio evolucionista. Según la concepción psicogenética, el hombre civilizado adulto es multifacético, no posee una sola actitud mental ni un solo modo de vivenciar y reaccionar, sino que un mismo y único hombre observado en diversos momentos nos puede aparecer como representante de diversos períodos evolutivos. En este hecho de la pluriestrafificación genética hemos de ver la solución principal del enigma que representa el hecho de que nosotros, poseedores de un pensamiento «lógico» podamos, no obstante, llegar a comprender, en cierto modo, los tipos de pensamiento de los salvajes, de los niños y de los psicópatas.

La Psicología Experimental orientada genéticamente puede descubrir, mediante observaciones y experiencias apropiadas, determinadas capas «más primitivas» del hombre normal y ponerlas en relación, con todo cuidado, con los hechos observados en las constituciones primitivas. «Comprendemos» al niño, al salvaje y al psicópata porque gracias a poseer en cierto modo, en la profundidad de nuestro espíritu, rasgos semejantes, podemos transformarnos parcialmente en niños, salvajes o psicópatas. Si se quiere investigar científicamente el pensamiento no lógico, es menester descubrir, mediante la observación o la experiencia, las actitudes del espíritu a las que este pensamiento lógico corresponde. Así, por ejemplo, se examinarán psicológicamente las formas de pensamiento equivocado, o que conducen a conclusiones erróneas, y a su través podrán obtenerse datos para la comprensión del pensamiento extralógico. No se trata de poner de manifiesto las posibles faltas estadísticas de las actividades puras, sino las

[55]

particularidades positivas de los procesos intelectuales que conducen a tales faltas y desviaciones. En el caso de una equivocación de cálculo, el fracaso — estrictamente hablando — radica en una especial particularidad formal del acto intelectual. En determinadas circunstancias es posible establecer un paralelismo entre el fundamento psicológico de tales hechos y el de ciertas convicciones de los niños y de los salvajes.

Del propio modo como el pensamiento del hombre normal parece poseer diversos estratos para su decurso, así también es posible suponer una estratificación de las percepciones, capaz de ser revelada mediante la experimentación. El mundo fenoménico puede ser vivido en forma de una intensa objetivación o de una escasa concentración de las cosas, según cuáles sean la modalidad y el caudal del fenómeno perceptivo.

También resulta de importancia para toda consideración psicoevolutiva de los procesos perceptivos la estratificación de las esferas sensoriales desde el punto de vista de su nivel genético (mayor o menor primitivismo y jerarquía de su formación). Así, por ejemplo, los sentidos del olfato y del gusto presentan ciertas particularidades formales que permiten asignarles un carácter de mayor primitivismo (la inseparabilidad del contenido substantivo y objetivo en la vivencia olfativa, la indefinirabilidad del oler y gustar, la imposibilidad de apreciar cualidades olfativas separadas del objeto, etc.). La penetración en tales zonas sensoriales de una organización primaria sobre cuya estructura podemos llegar a tener una apreciación suficiente, nos facilita indudablemente la comprensión de las funciones perceptivas en los tipos vitales más primarios cuya organización visual pertenece quizás al tipo que encontramos aún en nuestras formas sensoriales que consideramos como inferiores.

Y así podemos decir: durante demasiado tiempo la Psicología general ha permanecido inmovilizada, como ciencia, considerando un solo y rígido estrato psíquico; sus problemas sólo empiezan a resolverse por completo en la medida en que una buena parte de sus actividades se orientan en el sentido evolutivo. Las denominadas Psicología General y Psicología Evolutiva deben, pues, relacionarse en cuanto a su material y a sus métodos; tan pronto como la Psicología Evolutiva emplea la técnica de la General, ensancha sus posibilidades, así como, recíprocamente, la Psicología General sólo puede investigar en su totalidad a los hombres echando mano de los métodos de investigación genética.

El estudio del comportamiento psíquico de los tipos primitivos, entre ellos los alienados, ha permitido a la Psicología

evolutiva establecer los contenidos y formas de estos comportamientos. Con el conocimiento de estos comportamientos y los métodos de la Psicología evolutiva, los comportamientos psíquicos más o menos primitivos que la desevolución patológica nos evidencia en los síndromes mentales deben ser comprendidos, organizados como figuras nosológicas y clasificados.

Como no podemos exponer por su vastedad, en forma exhaustiva, todos los procesos psíquicos primitivos, y como por otra parte nuestra Psiquiatría se encuentra inmovilizada dentro de las concepciones de la Psicología General, no podemos cumplir por el momento esta labor. Sin embargo creemos necesario dar a conocer los primitivos contenidos sensoriales y sus formas de presentación, las modalidades de la representación primitiva y los modos de concepción primitiva del espacio y del tiempo, para hacer ver cuán insuficiente es la Psicología, General para la descripción de los procesos psíquicos primitivos entre ellos los de la alienación mental y porque queremos, cuando volvamos sobre este mismo tema, no ocuparnos de estos grupos de procesos psíquicos, sino de los restantes.

PRIMERA PARTE

EL CARÁCTER COMPLEJO DE LA VIDA SENSORIAL PRIMITIVA

LOS OBJETOS DE ACCIÓN

La Psicología General distingue diversos grupos de procesos psíquicos y substantivos, procesos de la percepción, afeción, conducta, etc., pero por adaptada que sea al hombre civilizado tal distinción resulta insuficiente e inadecuada para la descripción de los procesos psíquicos primitivos. Porque precisamente la peculiaridad esencial de los organismos primitivos consiste en que su vida psíquica se realiza de un modo global que apenas si permite la diferenciación del objeto y del sujeto, la cosa y el estado, la percepción, el sentimiento y la acción. En el mundo animal la relación del individuo con su medio es casi tan íntima como la que existe entre las partes del cuerpo; lo mismo pasa en el recién nacido con el cuerpo de su madre. Las percepciones existen como partes sustantivas de la acción

[57]

vital, y en éstas aparecen formando una compleja pero inseparable unidad lo objetivo y lo sustantivo. Por eso son insuficientes los distingos de la Psicología General.

Los objetos percibidos en el mundo primitivo tienen otra estructura que los percibidos por el hombre civilizado. Las cosas aparecen en aquél, no como factores de conocimiento y de acción, discretamente opuestas al sujeto, es decir, no son objetos extrínsecos, sino que se hallan fundidos y confundidos en la situación total y efectivamente, formando parte de la organización global psicofísica. Por esto en tal mundo podemos hablar de objetos de acción o de objetos señal.

La capacidad de percepción de formas está condicionada por la conducta motora psicofísica; si esta se impide, se dificulta o impide también secundariamente su capacidad perceptiva de formas.

En el hombre civilizado la conducta deriva de la percepción significativa del objeto, mientras que en los animales el objeto está esencialmente determinado por la reacción que le corresponde.

«Los objetos de acción» son partes objetivadas de un curso de sucesos. No poseen cualidades «objetivas» sino cualidades de acción o de estimulación. Las propiedades de estimulación dependen del tipo psicofísico de comportamiento adscrito biológicamente al animal. Los animales pueden entrenarse en la discriminación de formas siempre y cuando esta sea requerida para el reconocimiento de objetos situados en su campo de acción (avispa-abejas).

Las cualidades estimulantes de los objetos de acción no depende solamente del tipo de conducta establecido por la evolución, sino también de la presencia en la situación actual de una disposición de reacción que active ésta o aquélla propiedad.

En los niños de nuestra esfera cultural encontramos casos análogos que no son sino la consecuencia del modo de ser de los hábitos primitivos.

El mundo perceptivo del infante aparece mucho más determinado que el del adulto por los modos de reacción afectiva y motriz psicofísica que por los signos o característica de los objetos. Las percepciones de los niños no son objetivas como las de los adultos, tienen otra estructura basada en la combinación de las características objetivas y afectivo motriz. En realidad muchas de las manifestaciones del niño pueden ser comprendidas considerando el mayor o menor grado de indiferenciación de sus estados generales: su concepción y reacción frente al ambiente, que es simultáneamente senso-objetivo y emocional, el empleo del lenguaje como forma

expresiva en la que aun no se ha diferenciado la corporeidad de los gestos ni la objetivación de los contenidos fenoménicos. Hay que admitir que la percepción en el niño se construye a la vez utilizando algunos elementos objetivos del objeto presente, y de otra parte, las necesidades o requerimientos afectivos y reaccionales del niño. La cosa u objeto se significa por la reacción anímica y corporal del niño ante ella. La conducta afectiva global del niño no se limita a completar los signos de que carece un objeto para permitir su real identificación normal sino que produce de antemano un objeto de acción que es vivido por su significación afectiva.

Las percepciones son tanto menos objetivas cuanto más se haya determinado su sentido por las reacciones emocionales y motrices y cuanto más pequeño es el niño.

De un modo análogo en los casos patológicos, que se caracterizan por el retroceso a una realidad primitiva, se puede demostrar que con frecuencia los objetos son reconocidos y adquieren realismo tan sólo en la medida en que son asequibles o manipulables, mientras que apenas si influye en su concepción la consideración de sus cualidades o atributos puramente objetivos.

LA INTUICIÓN PRIMARIA, DINAMIZADA Y FISIOGNÓMICA DE LA REALIDAD FENOMÉNICA

La conexión interna entre el sujeto psicofísico y el mundo objetivo en el curso existencial requiere que el segundo sea concebido de un modo dinámico. La intuición primaria de la realidad fenoménica es dinamizada y fisiognómica. Los objetos constituyentes de un proceso dinámico deben poseer una naturaleza igualmente dinámica. La significación del movimiento subjetivo y objetivo para la elaboración de las propiedades de la realidad externa ha sido frecuentemente señalada y comprobada teórica y experimentalmente por los biólogos y psicólogos que han estudiado la vida animal. Así, para el perro de Buytendijh, las nuevas formas sólo pueden ser apreciadas en función del movimiento corporal, y por lo tanto las cualidades de los objetos de acción son de naturaleza dinámica. Grandes grupos de animales reaccionan de un modo seguro tan sólo a los estímulos móviles. Un animalillo cualquiera no constituye un estímulo para la rana, aun cuando ésta se muera de hambre. En cambio, pequeños objetos no comestibles, tales como, por ejemplo, las bayas, si se mueven, determinan el mordisco de la rana.

[59]

La consideración del objeto en la primera infancia depende esencialmente de la medida en que con él se pueda «funcionar», y por consiguiente, la transformación de las cosas en objetos viene determinada en función de las posibilidades de manipulación infantil específica.

El mundo ingenuo y primitivo se halla constituido principalmente por cosas dinámicas y expresivas. Tal dinámica objetiva en la que el hombre ingenuo ve la esencia de las cosas, puede manifestarse claramente en los niños durante el modelado imitativo de objetos. Así S. Gautschewa dice: «el perro vive en el niño no como una formación objetiva, de configuración objetiva y de partes corpóreas, sólidas y persistentes, sino que el «perro» es algo que muerde. El perro es pues lo que muerde o lo que ladra. Las denominaciones espontáneas de los niños durante su trabajo de modelado son una expresión de su concepción especialmente dinámica de los objetos: el hocico del ratón es designado como «mugidor», el pájaro como «comilón», la ardilla como «gibosa».

Desde el momento en que las cosas participan en el proceso dinámico afectivomotor que determina su concepción como realidades psíquicas, es evidente que han de aparecer al hombre primitivo de un modo diferente de cómo se presentan a nosotros. En efecto, en aquél no son concebidas de un modo objetivo y corpóreo, sino en virtud de una expresión interna. Es decir se ven «animizadas» y se perciben de un modo fisiognómico. Para nosotros, un árbol es un árbol, y todos los objetos, en tanto son elaborados por nuestros conocimientos, proceden del *sistema de las cosas*. Sólo en actitud estética el mundo ambiental es determinado para el hombre civilizado en función de su expresión interna. Esta concepción fisiognómica del mundo primitivo no se debe a una animación antropomórfica de la naturaleza sino que es originada por el hecho de que la imagen fisiognómica es el modo primitivo de acusarse la intuición contemplativa, en la que aun no se ha establecido una clara distinción entre el mundo viviente y el inanimado.

Esta consideración expresiva o fisiognómica de las cosas es debida a la esencial participación de la actitud general dinámica y emocional en la estructura de los objetos.

El antropomorfismo sólo puede presentarse cuando la conciencia haya establecido la oposición entre lo humano y lo no humano, mientras que precisamente el período fisiognómico de la infancia se caracteriza por la falta de diferenciación entre los conceptos de personas y de cosa. La vivencia fisiognómica es mucho más profunda y fundamental que aquel conocimiento teórico y presupone un mundo característico con cu-

lidades igualmente características. Siempre lo fisiognómico es lo primitivo y lo específicamente humano es tan sólo un caso particular de aquél.

De un modo más o menos transformado en concepciones mágicodemoníacas, este dinamismo primitivo de los objetos de acción se encuentra fundamentalmente en todos los pueblos salvajes. Las cosas existen en forma y en conjunto tan sólo en la medida en que poseen «fuerzas». Toda propiedad significativa de los objetos es algo vivo y eficiente; todo objeto es una esencia de acción. Depende del nivel cultural y religioso de la humanidad salvaje que éstas fuerzas sean interpretadas de un modo mágiconatural, psicodemoníaco o divino.

En los esquizofrénicos encontramos concepciones y tipos de conductas primitivos, y a pesar de la evidente diferencia existente entre estos enfermos y los tipos de hombres primitivos, se demuestra en ambos una coincidencia sorprendente en cuanto a la estructura de su conciencia, análoga a la que hemos visto que existía entre las del niño y del salvaje.

También en los estados de embriaguez y emocionales.

*

La vida afectiva del mundo primitivo tiene escasa diferenciación interna. Así como las percepciones y los objetos del mundo primitivo se encuentran más sometidos a la acción de los influjos emocionales que los de la vida psíquica superior, del estudio de la evolución de las estructuras afectivas resulta que la vivencia afectiva de las mentes primitivas está mucho más complejamente ligada a la actitud corporal que la de los hombres civilizados. Esto se evidencia en los movimientos de expresión: todas sus emociones primitivas se encuentran mucho más en relación con el movimiento que en el hombre civilizado. Manifiestan sus emociones de un modo tan cinético y exagerado como los niños cuando gritan y se tiran al suelo, o gestican y brincan de rabia o de alegría.

Gran número de expresiones aparentemente equivalentes de los pueblos salvajes nos hacen pensar en la existencia, cuando menos inicial, de un tipo único del sentimiento, con vivencias corporales totales características.

También en los niños se encuentran numerosas expresiones de las que se deduce la compleja contextura y relación de sus sentimientos con sus sensaciones corporales.

Estas expresiones afectivas se fijan primitivamente en un proceso corporal objetivamente evidenciable y como después dicho estado afectivo constituye un estado general somático

indiferenciado, resulta posible la extensión de la expresión afectiva a otros estados generales de tonalidad afectiva similar, de donde resulta el uso de la expresión afectiva para expresar la componente intelectual (objetivo-perceptiva) de un estado global. A un niño al serle preguntado si su mamá era buena, contestó gruñón: «No; es ácida.»

Pero aún hay más: las formas emocionales aisladas no han alcanzado todavía su perfecta delimitación y diferenciación unívoca (característica de la vida psíquica superior) en las vivencias primitivas. Cuanto más descendemos hacia las zonas primitivas, tanto más compleja, multívoca e indeterminada se presenta la conexión entre la vivencia afectiva y el comportamiento. Por ello, emociones que más adelante se presentarán como perfectamente diferenciadas, tales como el impulso amoroso y el alimenticio, es decir, el hambre y el amor, se hallan confundidas en el proceso psíquico primitivo.

Se odia y se quiere simultáneamente a una misma esencia. Esta ambivalencia es normal en el hombre primitivo, de suerte que la dirección afectiva unívoca que se observa en el hombre culto, se encuentra substituida en la mentalidad primitiva por un afecto indiferenciado, ligado a la situación, complejo y egocéntrico, que hace comprensible la existencia de cualidades afectivas tan opuestas como el amor y el odio.

La simpatía y la antipatía no son experimentadas por los primitivos de un modo tan opuesto y diferente como lo son por el hombre civilizado. La falta de diferenciación de ambas actitudes se debe a que en los salvajes no están solamente determinadas por su actitud ante la persona, sino que se hallan mezcladas con la expectación atenta de la utilidad o la peligrosidad dimanante de dicha persona.

De un modo análogo podemos juzgar el mundo sentimental del niño: al principio existen complejos sentimientos indiferenciados y fundidos con la totalidad de las impresiones sensoriales; paulatinamente se llega después a la formación de los sentimientos «puros» o específicos.

Esto igualmente se encuentra en los psicópatas y psicóticos; fueron Freud, Bleuler y Jung quienes señalaron la existencia de esta actitud llamada ambivalencia.

La indiferenciación de las percepciones primitivas. El estudio de las esferas sensoriales especiales muestra también en los estadios primitivos de su desarrollo una comunidad funcional mucho más estrecha. El hecho de conectarse y confundirse en una misma vivencia percepciones procedentes de diversos territorios sensoriales y determinadas por un mismo estímulo se debe a la escasa diferenciación de las vivencias

perceptivas que lleva al establecimiento de una conexión significativa entre las diversas impresiones sensoriales, que falta en nuestra percepción objetiva y realista. En tales correspondencias se revive la vivencia primitiva en la cual la percepción se halla tan profundamente arraigada en la conciencia que en realidad no existe distinción suficiente entre las impresiones de color, de gusto, de temperatura, etc. *Esto se observa con gran frecuencia y es mucho más importante en los salvajes que en civilizados.*

La complejidad inicial de las formas sensoriales se ve muy bien en la audición coloreada y en la vivencia cromática que con frecuencia acompaña en la infancia a la percepción de elementos no cromáticos, tales como cifras, letras, etc.

La sinestesia no es una mera asociación o conexión de un fenómeno acústico y un fenómeno óptico, sino que el sonido aparece azul porque su percepción auditiva es identificada con el valor expresivo de este color, gracias a la comunidad sentida de sus valores expresivos. Tonos y colores son experimentados en esta vivencia primaria afectiva, de suerte que carecen de materia acústica o cromática; por ello precisamente es posible su fusión. La sinestesia resulta de un primitivo modo de vivencia.

La forma originaria e indiferenciada de las percepciones primitivas responde a una estructura compleja en la que no han cristalizado todavía, aisladamente, los elementos y propiedades que son percibidos por nosotros de un modo sustancial unilateral, sino que son dadas en una vivencia de conjunto. Tales percepciones complejas afirman además su primitivismo por la participación decisiva que ciertas cualidades afectivas de las mismas tienen en su configuración objetiva.

FENÓMENOS SENSORIALES DIFUSOS Y LÁBILES

Tipos de concepción difusa de los animales.—Una vez establecida la particularidad de los contenidos sensoriales en los tipos primitivos de comportamiento psíquico estudiaremos sus formas de presentación.

Así como los contenidos significativos de los fenómenos psíquicos primitivos son complejos e indiferenciados, así también la forma de su presentación sensorial es difusa, o sea que aparece poco o nada membrada (articulada).

Cuanto más evolucionadas son sus esencias, tanto más diferenciadas y membradas aparecen sus formas de presentación. Por consiguiente, las contexturas primitivas, además

de ser totales y continuas, se presentan con frecuencia configuradas de tal modo que resultan vagas y desvanecidas, es decir, poco delimitadas de su alrededor. Tales fenómenos primarios pueden ser estudiados en los diferentes tipos de mentalidad primitiva: animales, pueblos salvajes, niños y psicópatas. Esto se debe a la diferente concepción que tienen de la estructura de las cosas. En efecto, mientras que para nosotros una mosca es algo siempre persistente y aislable del fondo neutral en que se observa, para la araña este fondo no es indiferente, sino que constituye junto con la mosca una totalidad inseparable, es decir, una unidad total. Así la araña no reacciona ante la mosca, sino ante una situación que podríamos resumir en esta forma «mosca en la tela» y que no es descomponible en partes aisladas. Podemos decir, por consiguiente, que su percepción en este sentido es global y que en ella no se diferencia la mosca del fondo.

Las cosas que rodean a las arañas no constituyen objetos bien delimitados, sino elementos de un todo situacional que adquieran significación dominante tan sólo en relación con éste.

Un estímulo resulta dominante en el sentido de que determina la cesación de todas las reacciones biológiconaturales producidas en su ausencia por otros estímulos.

El carácter difuso del mundo perceptivo de la araña se debe a que sus elementos objetivados no se hallan caracterizados como cosas substanciales con propiedades sobreañadidas, sino que la cosa en sí misma aparece caracterizada ante la araña esencialmente por poseer los signos distintivos de la situación total.

Las investigaciones sobre la concepción de formas en las abejas y en los vertebrados han demostrado lo mismo. De esto deriva la labilidad de las cosas en el mundo fenomenal de los animales; son «objetos de acción» cuyas propiedades indicadoras cambian según cual sea el curso dinámico subjetivo y objetivo en que se encuentren. Los objetos de acción cambian su significado y sus condiciones de acción según cual sea la posición especial y temporal en que aparecen ligados al curso de la serie de acciones distintivas; por ello pueden resultar muy importantes en ciertos momentos e indiferentes en otros.

LA LABILIDAD DE LAS COSAS EN EL MUNDO FENOMENAL DE LOS ANIMALES

Del hecho de que las cosas del mundo fenomenal animal se encuentren en gran medida incorporadas de un modo comple-

jo y difuso en la situación dinámica, se deriva el que falte con frecuencia la señal de una verdadera constancia de las cosas en el sentido humano, que significa la estabilidad de las mismas, en su todo y en sus partes, a pesar de la variación de las circunstancias. Como hemos visto son objetos de «acción» cuyas propiedades indicadoras cambian según cual sea el curso dinámico subjetivo y objetivo en que se encuentren. Los objetos de acción cambian, pues, su significado y sus condiciones de acción según cual sea la posición especial y temporal en que aparecen ligados al curso de la serie de acciones distintivas; por ello pueden resultar muy importantes en ciertos momentos e indiferentes en otros.

En el curso de la acción pueden cambiar también las citadas propiedades indicadoras.

Esta inconstancia de las cosas en los animales no se debe sólo al hecho de hallarse vinculadas en la situación afectiva total, sino también a su carácter de totalidad difusa, que poseen incluso si son relativamente aislables y se dan en animales superiores.

Si queremos representarnos como es vivenciada esta percepción difusa, bastará con que recordemos nuestras propias vivencias primitivas. Así nuestras percepciones fisiognómicas con casi siempre de carácter relativamente difuso y no articulado.

El modo primitivo de concebir la figura no se halla determinado solamente por el hecho de presentarse la forma sin centrar, sino también por la circunstancia de que aquellas poseen primitivamente una expresión o cara.

El desarrollo de la constancia configuracional se halla, por consiguiente, íntimamente ligado, de una parte, a la paulatina elaboración del contenido objetivo y de la otra a la creación y extracción de partes, centros de orientación y signos esenciales en la unidad perceptiva. Solamente por la elaboración de determinadas partes poseedoras de características esenciales, independientes de la situación configuracional y extraídas del todo de la misma, así como la membración oportuna de las mismas, será la que nos permita llegar a constituir la estabilidad de una forma o configuración perceptiva.

El impulso para tal membración, centrado y constancia de la figura puede ser originado por los factores biológicos de la experiencia y el ejercicio, incluso en los tipos primitivos.

PERCEPCIONES DIFUSAS DE LOS SALVAJES

Tales particularidades, aunque algo modificadas cual corresponde al más elevado nivel en que se presentan, es posible

[65]

hallarlas también entre los pueblos primitivos, incluso de un modo tan marcado que se aproxima al de los estados psíquicos más primitivos. Las imágenes sensoriales poseen, en efecto, una estructura semejante, es decir, difusa, homogénea, poco centrada y membrada. Los hechos concretos constituyen para el hombre civilizado unidades especiales, mientras que para el salvaje la situación total resulta mucho más esencial que las cosas concretas, si hemos de juzgar por sus modo e expresarse. Con sus designaciones no se significa algo concreto e individual, sino algo perteneciente a una situación total. La estructura analítica y membrada —especialmente típica en el pensamiento científico del hombre civilizado— no resulta suficientemente importante, desde el punto de vista biológico, para el salvaje que tiene que centrar su interés en favorecer las relaciones naturales más que en analizar porciones artificiales de las mismas.

Esta consideración difusa y homogénea se evidencia sobre todo en los dibujos de los pueblos salvajes. Donde el hombre civilizado vé volúmenes constituidos por estructuración y membración de superficies, el primitivo se contenta con señalar una cualidad genérica, difusa. Algo enteramente análogo ocurre en nuestros niños.

Por lo demás, en los dibujos espontáneos de los pueblos salvajes primitivos vemos que las cosas son reconocidas y caracterizadas con frecuencia por signos totales dominantes que proceden de la situación afectiva global o que resultan vinculados a ellas de un modo expresivo. Cuando los indios brasileños representan a un pez por un triángulo, porque utilizan redes triangulares para pescar, se nos revela el tipo de concepción fenoménica cualitativo total de que nos estamos ocupando. Incluso cuando los cuerpos llegan a ser representados mediante superficie parciales, persiste aun el indicio de su primitiva concepción difusa; existe en este segundo tipo que podríamos llamar seriado un alto grado de descentralización, toda vez que la concepción de una cosa no tiene lugar desde un solo punto de referencia, sino que cada una de sus superficies es considerada aisladamente y representada sin relación con las demás, la esencia de lo dibujado se expresa mediante una cualidad total y por esto es que en cierto modo merece también el calificativo de «homogéneo», por cuanto en él existe un completo equilibrio entre las partes que integran la serie gráfica.

La característica construcción de las percepciones corresponde exactamente a esta incapacidad de construir una síntesis a base de datos aislados; una tal agrupación de aquellos

en una imagen global significativa, presupondría, en efecto, la existencia de relaciones de membración.

La inclusión de los objetos de acción en el curso de los sucesos correspondientes a una situación global y el carácter de los fenómenos primitivos, determinados por cualidades totales (predominantemente dinámica y fisiognómica) explica que éstos se presenten mucho menos diferenciados (en todos y en partes) en los salvajes que en los europeos civilizados. El salvaje primitivo vive en un mundo que es esencialmente «dinámico y constantemente cambiante». El primitivo no concibe una constancia permanente o temporal de las cosas ambientales, desde que vé que el mismo objeto ambiental cambia en sus apariencias de un día al otro. Los cuerpos del mundo fenomenal poseen o dejan de poseer sus propiedades, según cual sea su inclinación en la cadena de los actos a realizar.

La dependencia de las cosas de la serie mágica de los actos es general en la época primitiva.

Debido a esta fácil transformación de las formas ambientales, mucho más sentidas y vividas a lo largo del comportamiento fisiognómico que conocidas, centradas y organizadas objetivamente, el salvaje se comporta de un modo muy distinto al del hombre civilizado frente a las modificaciones de las organizaciones existentes. Este tipo de concepción debe conducir necesariamente a una oposición sistemática a cuanto represente un cambio, y por lo tanto a un conservadurismo y tradicionalismo rígidos. La creencia mágica de que el infierno se basa en algún cambio ocurrido en el ambiente tiene en ésto su explicación.

Las percepciones de los niños son también difusas.—Los fenómenos paralelos de la vida psíquica infantil son idénticos en este aspecto con los que acabamos de referir.

Los niños exhiben un tipo de conducta que responde al hecho de concebir las situaciones y el mundo fenomenal de un modo difuso, no articulado, y por consiguiente inmodificable en su totalidad. Este carácter genérico, intangible e irrompible, por así decirlo, de la sucesión psíquica en los infantes, les lleva a veces a oponerse en su conducta a los adultos. Para el niño, como para el salvaje, una modificación de un detalle representa una revolución en la totalidad; contrariamente a los adultos, en los que es posible realizar modificaciones de detalles sin que experimenten molestia alguna en su concepción del todo en tanto se conserve la esencia de éste.

Esta vivencia de conjunto es responsable de que las partes constituyentes de una percepción que han sido vivenciadas conjuntamente constituyen luego para el niño una inseparable

unidad aun cuando su coexistencia temporal aparece fortuita a los adultos. Así se explica también que la costumbre constituya para el niño una ley immutable, pues todo pequeño cambio que en ella se introduzca le obligaría a rehacer totalmente su adaptación, ya que aquél entraña la desaparición de la impresión total, guionadora de sus reacciones. Finalmente, podemos comprobar también en las producciones infantiles el predominio de las estructuras totales, no nombradas. Así los dibujos y modelados de los niños presentan una estructura homogénea en la que falta o está poco marcado el carácter de membranación.

Debido a esta falta de centralización, a la prepotencia de las cualidades generales y a la ausencia de articulaciones de las partes entre sí, se origina la imposibilidad de destacar aisladamente tales partes y, a la vez, la mayor labilidad de las percepciones infantiles. Los niños pequeños, en efecto, resultan mucho más «sensibles» a las causas alterantes de la configuración perceptiva.

La extraordinaria modificación y transformación de los objetos preferidos por los niños en sus juegos es una prueba de cómo, con arreglo a sus necesidades subjetivas momentáneas, se altera su lábil visión del mundo.

La escasa constancia objetiva, poco determinada por una organización y una centralización coordinada, lleva aparejada la posibilidad de que parezcan idénticas figuras muy diversas, siempre y cuando tengan de común, en forma dominante, la existencia de algunas propiedades parciales.

La consecuencia de esta labilidad es una extraordinaria sensibilidad para la alteración de las circunstancias bajo las que una persona vivencia una cosa.

SEGUNDA PARTE

REPRESENTACIONES PRIMITIVAS

Las modalidades de las representaciones primitivas se caracterizan por la compleja vinculación de las representaciones con la imagen sensorial y el sentimiento. Aquí el par conceptual «complejo-singularizado» es el apropiado para la determinación del nivel de desarrollo.

[68]

En oposición a las percepciones, el hombre adulto normal posee un grupo de vivencias objetivas que puede diferenciar en su interior, netamente, de las imágenes subjetivas o representaciones, a pesar de que con frecuencia tienen ambas un contenido idéntico. Pero a pesar de esta oposición que resulta completa en el hombre civilizado, existen épocas ontogénicas y también filogénicas en las que la diferenciación entre las percepciones y las representaciones no es tan marcada, y por consiguiente sus relaciones funcionales merecen el calificativo de «complejas».

Cuando tal diferenciación no se encuentra bien establecida, el ser se halla en un estado más primitivo.

Según las experiencias de Jaensch, existen formas de vivencias que poseen simultáneamente las propiedades de la percepción y de la representación; tales formas vivenciales han sido designadas por su descubridor con el nombre de «imágenes intuitivas o eidéticas». En los niños constituye un fenómeno normal la presentación de tales imágenes, que tienen un carácter más o menos alucinatorio. *La disposición eidética no se limita al terreno óptico, sino que se extiende a los demás territorios sensoriales.*

El problema que la existencia de tales imágenes plantea es que hay modos de vivenciar de tipo primitivo que se encuentran relativamente indiferenciados, de suerte que no pueden clasificarse ni como percepciones puras ni como representaciones puras, sino que son en sí mismos complejos y contienen en germen las propiedades de ambos tipos ulteriores de vivencias; debemos suponer que existe una unidad funcional de lo intuición contemplativa, a partir de la cual de un modo paulatino se diferenciarán las funciones perceptivas—que conducirán a la concepción del mundo exterior—y las representativas, capaces de provocar su reviviscencia artificial.

El conocimiento de las imágenes eidéticas ha planteado el problema de cómo son las formas del conocimiento fenomenal de los salvajes. Todavía no se posee observaciones o datos experimentales obtenidos en los salvajes en este sentido, sin embargo precisa insistir de un modo fundamental en lo siguiente: las representaciones y las percepciones de los salvajes se hallan íntimamente emparentadas y mucho menos diferenciadas entre sí de lo que lo están en los hombres civilizados de nuestros tiempos. Esta escasa diferencia es debida a que las percepciones poseen mucho más el carácter representativo y las representaciones tienen mucho más el carácter perceptivo en los pueblos primitivos que en los actuales europeos.

[69]

Hemos dicho que las percepciones tienen caracteres de las representaciones, y en efecto, tales vivencias poseen también manifestas propiedades ilusionales.

Esta mayor intimidad que se observa entre las representaciones y las intuiciones fenoménicas de los salvajes entraña la mayor complejidad de sus imágenes subjetivas, que de otra parte se revela en el siguiente aspecto: el mundo perceptivo del niño y del salvaje se halla mucho más determinado por el sentimiento (es un mundo «fisiognómico» o «expresivo») que el técnico, frío, neutro y corpóreo de los adultos civilizados. Por ello, en los primeros, los objetos poseen mucho más un carácter yoísta que en los segundos. Tal carácter fisiognómico, que se expresa en la derivación de los objetos a partir de un sentimiento global y en la predominancia de sus valores expresivos, es común no sólo a las percepciones del hombre ingenuo y primitivo, sino también a sus representaciones. Y hemos de admitir que también los estadios eidéticos han de ser fisiognómicos. Los más diversos tipos pertenecientes al círculo intuitivo y eidético, las percepciones visionarias y las imágenes eidéticas espontáneamente aparecidas, deben ser consideradas como complejos porque se encuentran íntimamente condicionadas por las emociones. El hombre primitivo, poseedor de vivencias fisiognómicas, encuentra así su impulso expresivo no solamente sustentado en las concepciones fisiognómicas del mundo, sino mucho más en la formación de vivencias ilusorias, visionarias y eidéticas.

Así se comprende que la emoción resulte un colaborador esencial para la formación de las imágenes primitivas tanto eidéticas como no eidéticas.

Nos queda por estudiar un tercer tipo primitivo: el tipo psicopático. Las imágenes ilusorias de los esquizofrénicos e histéricos no son más — y así muestran su complejidad — que productos de sus emociones (temores y deseos) configuradas de un modo onírico y vivenciadas como las imágenes del sueño, de un modo enteramente análogo a las formaciones fantásticas de los niños y de los salvajes.

*

Los contenidos y las significaciones son complejas e indiferenciadas en las representaciones primitivas.

La esfera representativa es más compleja cuando se encuentra fundida con las demás esferas de la sensorialidad; ahora hemos de añadir que este carácter de complejidad se observa también en el contenido sensorial de las representaciones primitivas y en

sus significaciones. Pertenece a Freud y a su escuela el mérito de haber sido los primeros en señalar la significación multívoca de las imágenes oníricas, que han designado con el nombre de condensación.

Esto se observa en el complejo mundo representativo de los tres tipos primitivos: salvajes, niños e individuos patológicos.

La mentalidad salvaje se encuentra llena de tales significaciones representativas no sólo en el mundo perceptivo, sino en el mundo de los recuerdos.

El mundo representativo de los niños se encuentra mucho más cercano de las condensaciones oníricas que el de los adultos.

La tendencia de integrar diversos significados en uno solo, condiciona la configuración de las condensaciones objetivas, y consecuencia de la condensación es la inconstancia significativa de las representaciones.

El mundo primitivo de las representaciones de la memoria y de la fantasía se caracteriza porque su contenido es no solamente más complejo, sino porque se dà también en forma más difusa. Lo mismo que las percepciones primitivas, poseen un carácter más desmembrado, y por ello aparecen mucho menos ordenadas, centradas y jerarquizadas de acuerdo con el grado de esencialidad de sus elementos; poseen una estructura difusa y homogénea en lo que se hallan equilibradas, en cuanto a su valor, todas las partes.

Las asociaciones representativas de los pueblos salvajes poseen por lo demás una cualidad global que impregna de unidad el todo.

Se comprenda o no, lo cierto es que una vez realizada la aprehensión de la totalidad, ésta sólo puede ser reproducida y liberada íntegramente, sin partición ni modificación posible.

Este tipo de contextos representativos difusos se encuentra preferentemente en las representaciones fantásticas de los poetas primitivos. Sólo pueden ser concebidas mediante una intuición en la que no existen delimitaciones precisas entre las partes y sus oponentes; no aparecen en forma seriada, sino constituyendo una unidad total.

La frecuencia de los denominados «desplazamientos representativos» que se observan tanto en los pueblos salvajes como en los niños o durante los sueños de los adultos, se explica también por el grado de difusión del contexto representativo.

Precisamente porque en los diversos tipos de conductas «primitivas» se observan estos desplazamientos, debemos suponer que se basan en la existencia de una estructura psíquica diferente de la de los adultos civilizados normales.

TERCERA PARTE

MODO DE CONCEPCIÓN PRIMITIVA DEL ESPACIO Y
DEL TIEMPO

MODOS DE CONCEPCIÓN PRIMITIVA DEL ESPACIO

En tanto el salvaje realiza actos técnicos en el espacio, no hay duda que vive un espacio pragmático o de acción de estructura similar al nuestro. Pero tan pronto como erige el espacio en objeto de vivencia, representación o pensamientos propios, exhibe considerables diferencias. En efecto, para la humanidad primitiva el espacio, lo mismo que las cosas que en él se encuentran, está vinculado de un modo muy complejo con el sujeto y es mucho más de naturaleza afectiva que corpórea, concreta que abstracta. Presenta en vez de un carácter abstracto, objetivo y real, rasgos egocéntricos o antropomórficos, fisiognómicode dinámicos y concretos substanciales.

Las acepciones verbales primitivas de las relaciones espaciales derivan de una primitiva estructura espacial egocéntrica y antropomórfica: «detrás» es expresado mediante el sustantivo antropomórfico de «espalda», el concepto de «delante» por la palabra equivalente de «ojo», en la lengua de los negros de Monde. Esta egocéntrica y antropomórfica concepción del espacio conduce en la esfera mágicomística a una cosmología antropomórfica.

Este carácter egocéntrico del espacio primitivo y de sus relaciones es la causa de su naturaleza afectiva y fisiognómica. Mientras que el espacio del europeo occidental civilizado, en tanto es objeto de representación intelectual, constituye un medio corporal (es decir real y objetivo), homogéneo, neutro e indiferente, el espacio y sus direcciones en el salvaje se hallan teñidos por la afectividad y tienen un carácter expresivo más que objetivo. Esto lo demuestran las «perspectivas afectivas» de los dibujos primitivos.

Por motivos místicos y tendencias sacrereligiosas, los lugares y las direcciones del espacio se transforman interiormente y adquieren propiedades fisiognómicas tales como las que se evidencian en la diferencia entre los lugares santos y no santos.

El carácter complejo (y a la vez difuso) del espacio primitivo se manifiesta, finalmente, también en la concatenación de los sucesos existenciales concretos, de los cuales no puede separarse por completo, abstractamente. Así el espacio, sus

lugares, sus direcciones, poseen de una parte un carácter substantivo y objetivo, y de otro, adquieren una significación dinámica y ligada a los sucesos que en él se desarrollan. En todo el campo mágico tiene el espacio y los lugares espaciales un carácter de acción y de eficacia dinámica que determina su esencia.

CONCEPCIONES INFANTILES DEL ESPACIO

El desarrollo ontogénico de la concepción espacial se muestra en la distanciación progresiva entre el Yo y el mundo objetivo, es decir, en la progresiva objetivación, especificación y corporalización del espacio.

Este es primitivamente una unidad indiferenciada—espacio primitivo—que engloba el espacio corporal y el ambiental. Sobre este espacio primitivo se desarrolla al cabo de varias semanas el espacio nutritivo en el que el cuerpo y el ambiente se separan. En el curso del segundo cuatrimestre progresa la objetivación alejándose el espacio del Yo mediante el perfeccionamiento de la función visual.

Más aun, cuando no es susceptible por completo de mensuración perceptiva el espacio del Yo infantil, adquiere realidad, bien sea impulsado por un alto egocentrismo, bien por la acción de una conciencia afectiva en la que se injertan contexturas fisiognómicas. Las relaciones espaciales se encuentran íntimamente ligadas al núcleo de la personalidad, incluso en la época escolar. El hijo de un investigador no podía conocer cuál era la mano izquierda y cuál la derecha de una persona colocada frenite a él, antes de los ocho años.

Todavía más difícil parece resultar al niño establecer relaciones espaciales a partir de cosas inanimadas y abstractas.

Las relaciones espaciales que al principio son absolutamente egocéntricas pueden solamente ser objetivadas y traspuestas en la medida en que se vinculan con la personalidad; más tarde será cuando empezará a desarrollarse una transposición espacial, exclusiva de las cosas.

En esta evolución va implícito el desenvolvimiento de un espacio de contenido neutro a partir del espacio infantil de contenido fisiognómico.

Así como el espacio infantil resulta fisiognómico y expresivo, es también vivificado por una conducta adecuadamente expresiva y dinámica.

En el espacio infantil primitivo la totalidad del curso existencial se halla más intensamente injertado que en las estruc-

turas ulteriores del espacio ya evolucionado. *En tal espacio de acción las dimensiones no constituyen direcciones geométricas abstractas, sino que son determinantes de acción cualitativas y dependientes de las situaciones concretas de la conducta.*

El carácter difuso de lo espacial se evidencia en el espacio representativo de los dibujos.

Cuanto más egocéntrico, fisiognómico y sucesional es el espacio, tanto menos estable resulta por hallarse más dependiente de las variaciones subjetivas. *La concepción espacial rígida y poco orientada hacia los centros objetivos puede conducir incluso a un desconocimiento del espacio corriente si es visto en una situación distinta, incluso tratándose de niños mayores.*

PERTURBACIONES PATOLÓGICAS DE LA CONCEPCIÓN ESPACIAL

Las más diversas perturbaciones psíquicas en las que se reactiva la conducta primitiva puede conducir a concepciones erróneas del espacio. En todos estos casos esto adquiere una estructura mucho menos objetiva, neutra y abstracta y mucho más egocéntrica, afectiva, fisiognómico-dinámica, incluida en la seriación concreta existencial.

Una serie de casos patológicos nos muestran la regresión del espacio hasta depender de los movimientos y sensaciones del Yo y no poderse distanciar de su cuerpo.

La «izquierda» y la «derecha» no poseen con frecuencia para estos enfermos cualidades objetivas específicas, sino que se hallan determinadas por el sistema de coordenadas del propio cuerpo. Las direcciones espaciales son personales, concretas y orientadas alrededor de su cuerpo y nunca abstractas. *El espacio que les rodea posee en tales pacientes, preferentemente, el carácter de un campo de acción cuyo centro es su propio cuerpo en movimiento.* En un tal «espacio de acción» tales pacientes pueden orientarse muy bien, pero sólo en la medida en que los puntos y las direcciones espaciales les sirven de serial. Así un paciente de Head diferencia correctamente la derecha de la izquierda porque estas direcciones tienen una significación distinta en su conducta corporal: la derecha es la parte que realiza el movimiento de escritura y la izquierda (en la calle) la que interviene en la dirección de la circulación. *Si un hombre únicamente posee un espacio de acción, las cosas solamente se encuentran en él determinadas en tanto poseen una relación dinámica con su cuerpo, pero carecen de relaciones espaciales entre sí, independientes del sujeto.* Los pacientes de Head señalan con frecuencia correctamente la dirección espacial, pero no pueden reproducir el orden relativo de las cosas en tal

espacio. Un enfermo de Sikman podía lanzar una pelota en un sombrero y volverla a lanzar en una gorra situada más lejos, pero no podía decir cuál de los dos objetos estaba más distanciado. Tampoco podía colocar dos cerillas incidiendo entre ellas perpendicularmente a menos que se ayudase para ello orientándose con la situación de todo su cuerpo. Pero podía formar con cerillas una garita porque aun cuando este problema resulte difícil para los normales, no lo era tanto para él, puesto que en su ejecución las direcciones espaciales se encuentran vinculadas a una relación objetivo-concreta.

Tales pacientes que conciben el espacio de un modo concreto y dinámico se encuentran en condiciones defectuosas para concebir cualquier imagen espacial que no se halle directamente en relación con sus movimientos corporales. Por ello la función de representación se encuentra perturbada en alto grado. Así muchos afásicos se orientan bien en su propia habitación, pero no pueden representarse ni describir lugares conocidos en los que ellos no han actuado. Otros son capaces de dibujar de un modo más o menos natural su cuarto, por ejemplo, pero fracasan cuando se trata de integrarlo de un modo abstracto en un esquema del conjunto del piso. En aquellos casos en que la perturbación no es muy intensa, pueden llegar a establecer correctamente tal plan siempre y cuando se les marque en cada habitación el sitio que ellos habitualmente ocupan y a partir del cual orientan — egocéntricamente — las cosas en el esquema.

Una tal complejidad del carácter espacial debe ir acompañada de una estructura relativamente difusa. Si el espacio es esencialmente egocéntrico y de acción, entonces se halla poco desarrollada la relación objetiva (geométrica) entre sus diversos puntos, que solamente aparecen conexionados y determinados por la totalidad de la serie sucesional, como hemos visto anteriormente. Los espacios representados gráficamente poseen en alto grado un carácter difuso. Así por ejemplo, un paciente de Head no sabía en qué punto de la imagen de un elefante debía colocar un colmillo.

De este carácter complejo y difuso del espacio patológico se deriva finalmente su escasa estabilidad objetiva; tanto la transposición de los espacios y direcciones como las alteraciones de los detalles topográficos son suficientes para desorientar completamente a tales enfermos. Solamente dando a los pacientes de Head el plano de la ciudad en la misma posición y entrando en ella por el mismo punto podían algunos de éstos orientarse, pero tan pronto como se colocaba el plano en otra posición o entraban por otro lado, se desorientaban.

Por ello mismo tales sujetos acostumbran a ser muy rígidos y ordenados en la colocación de los objetos usuales, ya que cualquier cambio de la misma les rompe su unidad espacial.

Storch ha investigado experimentalmente la orientación de los oligofrénicos (en espacios laberíntiformes). Halló a veces una extraordinaria capacidad de orientación, que aparecía, no obstante, estrechamente ligada a la coherencia total por la que cada punto espacial obtenía un rígido valor topográfico temporoespacial. El carácter difuso de la orientación espacial y su dependencia de la totalidad se demostró en el hecho de que la solución de los problemas planteados dependía absolutamente de la reproducción fiel, en sus más mínimos detalles, de los movimientos requeridos para lograr el primer éxito, de tal suerte que la más pequeña variación de la experiencia conducía fácilmente al fracaso. Junto a este tipo totalitario en la cual la orientación espacial se daba en una unidad temporoespacial indivisible, pudo Storch demostrar un segundo tipo de la espacialidad patológica (al cual podríamos denominar tipo serial) en los enfermos de Síndrome de Korsakow, en los que se encuentra perturbada no tanto la membración como la centralización: la totalidad temporoespacial se halla fragmentada de modo que la ordenación de la seriación de los actos de la imitación se encuentra perdida.

CONCEPCIONES PRIMITIVAS DE LAS RELACIONES TEMPORALES

Concepción del tiempo en los salvajes

Una cantidad de ejemplos obtenidos en los dominios de la concepción primitiva de las relaciones temporales, expresadas en el lenguaje, en la teoría mítica y en las prácticas profanas y religiosas, nos demuestran que también el tiempo no era concebido entonces como una medida abstracta, sino vinculado en la total existencia e implícito en la situación objetiva y en el curso existencial de tal modo que aquella y éstos lo destacan aún cuando no lo separan.

Así el conocimiento hablado ha tardado mucho en señalar y determinar separadamente los momentos de seriación temporal del presente, el pasado y el futuro. Al principio en el lenguaje se observan más bien que determinaciones temporales precisas y destacadas, designaciones de modo, es decir, de tipos de sucesos existenciales limitados mucho menos por el tiempo que por la totalidad de una forma de acción.

Las designaciones temporales que se hallan en los pueblos primitivos no son otra cosa más que momentos existenciales relevantes comprendidas en cursos existenciales más amplios. Así las tribus de Uganda dedicadas a la actividad pecuaria tienen una diferenciación de los períodos del día muy precisa, pero no en forma de seriación cronológica usual, sino de seriación de actos y de sucesos del trabajo diario que determinan implícitamente el tiempo; así, las seis es el momento de ordeñar, las quince es el momento de abreviar el ganado, las diecisiete es el momento del regreso de las vacas al establo, etc. Tal «tiempo de acción» está siempre limitado espacialmente, y por ello se comprende que en los primitivos todo lo sucesional sea lo estrictamente visible. Por ejemplo, las imágenes indias en las que la huída de un blanco se representa por una línea sinuosa; un hombre en movimiento aparece en las diversas fases del mismo dentro de una sola imagen.

Este entrelazamiento de lo temporal con lo completamente espacial se observa también en el círculo mítico. Así, en los indios cheyennes, el tiempo de acción mítico se transforma mágicamente en tiempo vital mediante su simbolización expresada en una cuna. *Todas las formas significan para ellos una existencia temporal. Pero no sólo las formas, sino también los colores, son signos mágicos de sucesos y representan, por lo tanto, algo temporal.*

Esta concepción de un tiempo espacial y contemplable conduce con frecuencia a considerar los intervalos temporales como cosas concretas y limitadas que gracias a la contemplación afectivo-fisiognómica adquieren cualidades sensuales. Lo mismo que las cosas, los tiempos acostumbran también a limitarse discontinuamente y pueden, por lo tanto, hallarse separados por un «espacio intermedio».

Así, por ejemplo, un indio dice que el año tiene diez meses y dos en los cuales está muerto y durante los que se debe apiñonar el algarrobo. Durante la cosecha del algarrobo tiene lugar grandes fiestas báquicas, «entonces hay año».

La forma concreta vinculada a los tiempos es obligatoriamente afectivo-fisiognómica; tales cualidades son las que en los círculos mágicos y místicos religiosos dan lugar a determinadas representaciones de tiempos santos y no santos, claros y oscuros e incluso demoniacos.

A todo tiempo de acción compleja vinculado y contemplado fisiognómicamente en una cadena sucesional corresponde, como se comprende, una estructura en forma completamente distinta del esquema de ordenación cuantitativa y continua del tiempo del hombre europeo. Así el presente y el futuro, por ejemplo,

pueden converger, puesto que lo simultáneo no es lo que coincide en un punto de la serie temporal continua, sino lo que pertenece a una misma serie de actos o de efectos. Así el mal pensamiento en la concepción de los negros loangos es simultáneo del mal acto. Los indicios, los sueños y las representaciones mágicas son en cierto modo y al mismo tiempo el acontecimiento. Así también cualquier suceso mítico del pasado puede actualizarse y vitalizarse en un momento dado. La estructura difusa puede llevar aparejado el hecho de que un contenido temporal parcial objetivo o afectivo sirva para representar una totalidad cronológica más extensa, como ocurre, por ejemplo, con la costumbre aún extendida de contar por «días», «noches», «soles», «lunas», «lluvias», «sequedades».

La primitiva sistematización del tiempo en los pueblos salvajes principia con una centralización muy escasa y una membración muy poco estructurada: Las partes temporales concretas y orientadas de acuerdo con acontecimientos dominantes (del año por ejemplo), se yuxtaponen con frecuencia dejando entre ellas lagunas temporales inatendidas; o bien se produce una parcial imbricación de tales períodos cronológicos por falta de un término de comparación supraordinal.

*

De un modo fundamentalmente semejante al de los pueblos primitivos la representación temporal en los niños pequeños posee un carácter dinámico, a la vez concreto y afectivo. Todas las palabras que sirven para la determinación temporal son primitivamente designaciones afectivas (emocionales) de la acción que contienen implícito un momento temporal. La inclusión de lo temporal en la relación o nexo situativo concreto (en donde coexisten indiferenciados el tiempo y el espacio) es la causa de que todas las representaciones temporales posean a la vez en gran medida un carácter espacial. Las anualidades y los días son concebidos por el niño como objetividades dinámicas extendidas en el espacio. Así, un niño de seis años y ocho meses «miró» al cielo y dijo, señalando a él con la mano: «de allí viene el día y luego la noche, y más arriba (en el cielo) está el día de Navidad». Para algunos niños el calendario «hace el tiempo» y si éste progresó realmente es gracias al acto de arrancarle las hojas a aquél. El calendario realiza concretamente el tiempo: el domingo es «cuando la hoja del calendario es encarnada» y los días de la semana son cuando es negra.

Esta esencia egocéntrica, a la vez sentida y objetivada, del tiempo lleva a una concepción formal de lo temporal completa-

mente distinta de la que tiene el adulto civilizado. El tiempo no es concebido como algo cuantitativo, continuo y unívoco, sino como una substancia discontinua y fragmentaria, rellena de propiedades afectivodinámicas, de suerte que los períodos cronológicos aparecen con frecuencia separados materialmente de un modo objetivo.

«Cuando el niño comienza a aislar unidades temporales del curso de los sucesos, como hace el adulto, se valdrá al principio del apoyo que le prestan los momentos afectivos del día (desayuno, siesta, merienda, etc.), o del año (santos, Pascuas, Navidad), de suerte que llega a establecer una membranación más bien cualitativa de estructura irregular.»

Los cursos temporales adquieren a causa de sus cambiantes cualidades un carácter brusco y saltón. Incluso en la escuela los niños creen todavía que se hacen más viejos en el momento del cumple años.

Así los tiempos, en su contenido substancial y específico, ni pueden ser concebidos relativamente ni traspuestos en forma exacta en una escala temporal universal. Por otra parte tales porciones temporales pueden desplazarse lúbilmente según su contenido vital. Por su fundamentación vital y su determinación afectiva los elementos temporales sufren frecuentemente, aquí como en otros casos, una considerable labilización.

LAS ALTERACIONES PATOLÓGICAS DE LA CONCEPCIÓN DEL TIEMPO

Por muy diversos que sean los trastornos de la concepción temporal, correspondiendo a la variedad de causas clínicas y de su sintomatología, presuponen todas una transformación estructural que desde el punto de vista genético general debe ser concebida como una pérdida de la claridad (desdiferenciación) de la relación entre la persona activa, dirigida hacia los sujetos, y el mundo objetivo opuesto a ella.

La regresión de la tensión distanciadora del sujeto y el objeto sumerge al hombre en una corriente de sucesos y lo hace perder, más o menos completamente, la fuerza que orientaba los acontecimientos personales y neutrales en la red de una ordenación temporal esquemática.

Cuando tal distancia desaparece todavía más, el enfermo se vé impulsado a penetrar en la corriente existencial sin poder destacar su presente psíquico de su pasado ni de su futuro. La situación momentánea queda transformada así, a la vez que ampliada en un «corte existencial» transversal, situativo.

Un enfermo que pasó del mundo bipolar (distanciado de su Yo) a un simple mundo de acción, *tributario de tal existencia transversal*, decía que solamente existía para él lo momentáneo. Acerca del pasado hacía notar: «Siempre lo que existe es nuevo, pues el pasado ya no puede ser presente». Respecto al futuro comentaba: «Para los demás hay algo así pero yo no puedo comprobarlo.»

También en los estados de embriaguez pasajera, la desaparición de la bipolaridad consciente puede acarrear una distorsión de la comprensión y representación temporales tan enorme que se produzca una verdadera ruptura de la coherente unidad vital que la descompongan en fragmentos disgregados entre sí.

Pero incluso cuando la falta de diferenciación sujeto-objeto no es muy radical, pueden presentarse numerosas perturbaciones de la concepción temporal que se caracteriza, sin excepción, por el acercamiento del Yo y por la concreción mayor del curso temporal. Así, por ejemplo, la perturbación cronológica puede consistir en una disminución de la correspondencia entre el «tiempo del Yo» y el «tiempo del mundo». La consecuencia de ello es una representación temporal egomorfa, afectivovital, que ya no coincide con el tiempo objetivo. En un enfermo con atrofia temporal postencefalítica, la representación del propio tiempo vital se descomponía en dos partes: la primera, anterior a la enfermedad, coincide con la realidad, mientras que la segunda, ulterior al trastorno inicial, tiene una duración subjetiva de tres años, pero corresponde en realidad a veintinueve años. De acuerdo con esta retracción, todos los sucesos próximos y lejanos del segundo período se valoran según la proporción de la misma. El enfermo no consigue, por tanto, integrar su curso temporal en un esquema cronológico objetivo.

Siempre que, como sucede en las afecciones esquizofrénicas, se halla perturbada la relación fundamental sujeto-objeto y se trata de reconstruirla siguiendo una dirección afectiva y egocéntrica, se produce igualmente la discordancia entre las series temporales subjetiva y objetiva. Esta última se altera de suerte que, según uno de estos enfermos, el pasado se presenta como las figuras de una parada de feria sobre un tablado. *El tiempo posee así un carácter existencial, vital y fisiognómico;* puede incluso llegarse a observar una concreción del tiempo en sentido demoníaco: «El pasado se arroja sobre mí», «el pasado podría envolverme»; estas son expresiones de esquizofrénicos que nos recuerdan la conciencia temporal mítica de los salvajes y la realización del pasado en el presente.

La destrucción de la vivencia temporal es menor cuando el curso existencial puede ser concebido objetivamente aun cuando se encuentre perturbada la capacidad de esquematizarlo abstractamente y formar una escala temporal. Head ha descrito afásicos en los que simultáneamente con la pérdida del esquema espacial abstracto se ha observado la aparición de un tiempo de acción subjetivo y concreto.

*

Este es un parcial estudio de las funciones psíquicas en los tipos primitivos de comportamiento psíquico. Seguiremos su estudio posteriormente. Queremos determinar los comportamientos psíquicos en las distintas fases de la evolución psíquica; para ello nos es indispensable estudiar aun el desarrollo evolutivo de las acciones, los procesos primitivos del pensar, las realidades primitivas y la estructura de la personalidad primitiva.

Posteriormente a esto daremos a conocer los resultados de su aplicación a la clínica psiquiátrica.

Esta labor es una natural consecuencia de la evolución psiquiátrica.

La psicología clásica ha evolucionado largo tiempo bajo el esquema mecánico de las ciencias físicas, tendiendo a convertir en arquetipo de sus explicaciones el arco reflejo.

A desarrollar este concepto ha contribuido el auge de la anatomía, histología y psicología nerviosa y la minuciosa observación y experimentación de esas mismas ciencias, en las alteraciones patológicas.

El progreso de la clínica desde la segunda mitad del siglo XIX, junto al progreso de otros sectores de la Medicina y de la Biología llevaron a observar poco a poco entidades psiquiátricas con cientos de signos y síntomas comunes que permite reconocerlos en cada enfermo. Se vió la relación con la herencia, la edad, el ambiente, el biotipo, etc. Culminó con la obra sistematizadora genial de Emilio Kraepelin. El mérito de Kraepelin fué haber descubierto síndromes de poderosa conexión interior, donde cada síntoma dice referencia interior y no simplemente mecánica, a los otros. Kraepelin atribuyó gran parte de la ya mencionada conexión a factores constitucionales y el estallido de la psicosis, a factores extrínsecos engendrados en el propio organismo, muchos aun ignorados. El concepto de constitución introducido en psiquiatría significaba darle un valor específico a cada organismo en su reacción

[81]

NEUROLOGÍA 6

frente a causas similares y hasta cierto punto una superación del mecanismo anterior.

El hecho es que Kraepelin y otros psiquiatras de su época han ubicado en primer plazo la trabazón interior de los fenómenos mentales y su relación con la constitución, la edad y el ambiente. Esto significaba introducir la noción de estructura tan fecunda en la psicología y la historia, desde la época de Guillermo Dilthey. La estructura es lo opuesto al principio sumativo-agregativo, pues los elementos diversos no son sumas de estímulos determinados, sino que se influyen mutuamente y la aparición de uno es sólo posible si aparecen simultáneamente los otros y viceversa.

En general, el concepto de Kraepelin, si nó en él, que veía la limitación de sus estructuras, el límite ficticio y altamente sospechoso de sus síndromes, tendió en sus discípulos a hacerse estático, suponiendo a cada síndrome en relación precisa y casi matemática con los factores antes mencionados procurándose transformarlos en enfermedades con etiología única.

En nada aminora esto el mérito de Kraepelin; si hoy podemos orientarnos en el oscuro campo de las psicosis y aun hablar de estructuras dinámicas es gracias a su obra que marcó los caracteres esenciales de una estructura.

Se pueden pues señalar dos etapas en esta línea evolutiva: la primera busca la relación entre los fenómenos psíquicos y orgánicos en un sentido atomístico. La segunda plantea certidumbre intrínseca formada por los procesos psíquicos al referirse mutuamente entre sí.

Corresponde a Hughlins Jackson el mérito de haber introducido en la Psiquiatría el concepto de los niveles sucesivos de disolución del sistema nervioso con estructuras mentales propias de cada uno. A nosotros nos corresponde la determinación del nivel de desarrollo y su fijación como estrato genético en el decurso de la evolución psíquica; para eso necesitamos un método, que es el expuesto y conocer el decurso de los comportamientos psíquicos primitivos, sólo parcialmente desarrollados.